

De la inversión del sentido al sentido de la inversión

Víctor Hugo Vásquez Rentería

De la génesis, la amistad y los enmascaramientos

La rebeldía es necesaria para escribir novela, apunta Eloy Urroz en su ensayo “Identidad y exilio”. Lo anterior debido a que –por su labor como escritor– cotidianamente enfrenta una (e)lección moral: la de la forma. ¿Elección de vida? Sí, también. Así como reconocimiento de las condiciones que se tienen o de las que se precisa a fin de acometer tamaño empresa; conciencia de las latitudes que mejor le sientan a la desazón, el desarraigo o el extrañamiento, no de los personajes sino del novelista, pues Urroz no duda en confesarlo: vivir y escribir en español en Estados Unidos lo ha herido de muerte, esa muerte que tiene que ver con la asunción del exilio, con la manera en que este define su identidad, dejándolo con más dudas que certezas.

Buenos lectores, buenos escritores

Tanto si se trata de dar voz al poeta que él mismo es, mediante el puntual apunte de aspectos poco valorados o casi desapercibidos en parte de la poesía de Octavio Paz, como de dar cuenta de la relación que esta guarda con la novelística



de D. H. Lawrence; o bien de la manera generosa con la que atiende la lectura de *Minotaura que germinate* (2010) de Raúl Fernando Linares, poemario que no duda en calificar como “finamente pensado a la vez que deslumbrantemente extraño y *sui generis*”, Urroz nos ofrece una lectura crítica, avezada. La lectura como una actividad que devela sentidos que precisan de agudeza y atención, de lectura de otras obras y disciplinas que ensanchen eso que uno entiende –¿que uno entiende?– de eso que uno lee.

Saca a relucir Urroz al profesor que es, no porque adoctrine sino porque exhibe la disciplina, el rigor, la habilidad para emparentar este poema con aquella novela, aquel relato con estos versos, pero sobre todo para contrastar esta aproximación al mundo, al posible sentido del mismo, con alguna otra manera de entender a Dios o al erotismo, ese otro de nuestros dioses.

Estrategia –la de la lectura crítica– a partir de la cual concibe una especie de íntimo *who's who* de la novela, selección en la que –no sin cierta insatisfacción y no poco gozo– Eloy Urroz traza una cartografía de medio centenar de obsesiones y afanes, entregando

un *syllabus* ético, vivencial, con el que de vez en vez procederá a la evaluación no solo estética sino vital de su propia escritura, o bien, de las de algunos de sus afectos, trátase de Volpi o Morábito, por ejemplo, a quienes reconoce como autores en la plenitud de su búsqueda y hallazgos, ya por la hondura con que han abordado tal o cual asunto, ya por el tratamiento que han dado a este.

Así, la lectura en *El ensayo del arte* es tanto testimonio de gratitud como reconocimiento: de las lecciones recibidas, de las deudas contraídas; la aceptación de sí mismo en el otro y el anhelo de hallar eso otro en sí mismo.

Don Quijote cabalga de nuevo

Consigna Urroz en *El ensayo del arte* dos textos que, a la par de recuperar momentos emblemáticos de la novela de Cervantes, sugieren lecturas alternas, si no ignotas, al menos no del todo transitadas, a saber: a) la acumulación de personajes en no pocas escenas del *Quijote*, emparentándola con un par de telas de El Greco, lo que nos vuelve a nosotros sus lectores, par-



te de ese amontonamiento a la vez que espectadores del suceso que imanta a los otros, y *b*) la relación entre la escena del caballo *Clavileño* y el simulador mecánico Soarin, en el parque temático Epcot Center, de Orlando, Florida.

En el primer caso, para dar cuenta de la técnica de la representación acude Urroz tanto a María Augusta Viera como al mundo al revés de Monique Joly; en tanto que en el segundo, a decir de Urroz, se halla “en juego algo profundamente humano y radical: los límites de nuestra fe en el otro, la verdad o la mentira del que jura decir la verdad, la voluntaria verdad del que miente y/o la mentira que se vuelve verdad a pesar de saberse mentira”.

Como quiera que sea, agradeceremos que perdure la fascinación: la de los lectores por *El Quijote* y la del Quijote y Sancho por la ficción.

Historia sin censura: la versión del director

Eloy Urroz señala en “Pancho Villa: breve metafísica del hombre”, uno de los dos textos que sobre historia incluye en el libro, la parcialidad con que se ha juzgado al

llamado Atila del Norte, definido más a partir de aquello que lo hace repulsivo que por una visión integral que abarque al tipo cabal, honesto con aquellos por los que peleó y, a su manera, coherente en su lucha contra el poder pero no por el poder, o en todo caso no para él.

Por lo que toca a “El perro que odiaba a los hombres”, a propósito del episodio que confronta a León Trotsky con Ramón Mercader, la narración se corresponde con la afirmación de que la historia no debería contarse como pasó sino como debió haber pasado, esto según el portentoso creador de los *Episodios nacionales*, Benito Pérez Galdós.

Así, a esa historia fija, impresa en letra de molde, detenida en bustos, conmemoraciones y fechas de luto o gloria nacionales, Eloy Urroz opone una historia emergente, construida con tiento y libertad, habitada por personajes verosímiles, entrañables; una historia apuntalada por una prosa fluida, rítmica, coronada por la ironía, que le permite entregar un texto notable, junto con el apartado I de “Identidad y exilio”, dos de los mejores y más logrados momentos del volumen.

De la inversión del sentido al sentido de la inversión

El ensayo del arte (uv, 2017) nos enfrenta a aquella propuesta crítica consistente en invertir el título de la obra para encontrar una posible y, quizá, primera lectura. De este modo *El ensayo del arte* se volvería, entonces, por imperio de la interpolación, el arte del ensayo.

De Montaigne a Adorno, de Bacon a Genette, pasando por las más recientes disputas –en suplementos culturales, revistas ídem, cátedras o congresos– el ensayo como arte de la reflexión o como manera de abordar el más amplio abanico de asuntos, los aspectos más inusitados de los mismos, es la alquimia de la que Eloy Urroz se sirve para invocar lectura, memoria, escritura e historia. Atendamos, pues, su atractiva invitación.

LPyH

Víctor Hugo Vásquez Rentería es profesor de tiempo completo en la Facultad de Idiomas (uv). Prepara el libro *De ciudades aprehendidas y otros apogos. Ensayo joven de México*.